

el que las demás clases no tenían ninguna cuenta de él.

No hemos hablado hasta ahora más que de las clases superiores, porque son las únicas que pintan los escritos de aquella época, en los que no se trata más que de la corte y la magistratura. La fuerza del tercer Estado no fué conocida por Luis XIV, que en lugar de dirigir su actividad, quiso reprimirla hasta insultarla, y que volvió á poner en vigor ordenanzas decrépidas, segun las cuales, sólo á los caballeros era permitido usar charreteras. De esta manera se fomentaron los odios populares, que bajo el mando de sus sucesores debían estallar en la negacion de lo pasado y declarar un azote á toda autoridad, una tiranía á todo orden y un envilecimiento á toda subordinacion.

mirla hasta insultarla, y que volvió á poner en vigor ordenanzas decrépidas, segun las cuales, sólo á los caballeros era permitido usar charreteras. De esta manera se fomentaron los odios populares, que bajo el mando de sus sucesores debían estallar en la negacion de lo pasado y declarar un azote á toda autoridad, una tiranía á todo orden y un envilecimiento á toda subordinacion.

## CAPÍTULO VIII

### ELOCUENCIA Y POLÍTICA SAGRADA.—BOSSUET Y FENELON.— EL QUIETISMO.

La majestuosa unidad del siglo de Luis XIV, el devoto ardor de las almas, la importancia que las cuestiones religiosas adquirían en medio de las distracciones sociales y políticas, esplican la grandeza á que se elevó entonces la elocuencia sagrada. Desde el momento en que ella no comprendió todos los intereses de la sociedad como en la Edad Media, sino que se circunscribió al dogma y á la moral, sus formas, de variadas, libres y naturales que eran, se sujetaron á reglas escolásticas, á las tésis, á las subdivisiones simétricas. Uniéronse á ellas un diluvio de citas sagradas y profanas, lugares comunes teológicos que sofocó la elocuencia, bajo la erudicion y la pretension. Llegó después el mal gusto de los primeros años del siglo xvii, que hace resonar el púlpito con ridículas metáforas y afectaciones desagradables. El padre Andrés Valladier, cuya fama fué tal, que se le eligió para predicador de la corte y para la oracion fúnebre de Enrique IV, es lo más enfático y estravagante que se conoce. De esta manera se espresaba en su sermón el primer domingo de cuaresma: «Gloriosos y gloriosas; es preciso que os ponga la ceniza en la frente. Señoritas, ¿qué otra cosa haceis, con ese aparato venéreo de vanidad, que una protesta de vuestra vanidad y vuestra vileza ante Dios, cargando y adulterando vuestro cabello con ceniza y polvo, embadurnando vuestro rostro con albayalde y fango, cubriendo vuestro cuerpo con seda, que es el esccremento de los gusanos salidos de un grano que no es más que polvo? ¿Quereis ver que todo no es más que orgullo, ambicion, hipocresia, es decir, ceniza y polvo? ¿Quereis que crea en vuestro cabello empolvado? ¡Hipocresia, mentira detestable! No es más que lirio de Florencia, polvos de Chipre, etc. ¿Quereis hacerme creer que ese color es vuestro? ¡Hipocresia, mentira! No es más que barniz, carmin, albayalde. Quereis parecer altas y mentís. Sois enanas; y el

tacon de vuestros chapines es el que os alza. ¡Hipocresia y mentira insoportable!» etc. La coleccion de sus sermones (1632, en 8.º) está dedicada á la reina Maria de Médicis en una carta prolija, en la que describió en un tono bíblico sus bellezas tanto patentes como ocultas del modo menos decente (1).

No se encuentran menos bufonadas en el padre Beso, del Lemosin, predicador de Luis XIII, ni en los cincuenta y dos sermones sobre el Hijo Pródigo, por el padre Bosquier de Mons (2). El *pequeño padre Andrés* se hizo tambien célebre entre los predicadores con equívocos y juegos de palabras. Esplicando un día la parábola del que va á ver una viña después de haberla comprado: «Eres un tonto, decia, debias ir á verla antes de comprarla.» Otra vez recomendó á la caridad de los fieles á una doncella, que no tenia bastante dinero para hacer voto de pobreza, es decir, para tomar el velo. Admiraba más que el mismo milagro de Cristo, el de san Francisco, que con una vara de

(1) Véase á Peignot, *Predicatoriana*; Dijon, 1841, 137.

(2) *Academia de los pecadores, basada sobre la parábola del pródigo evangélico*. Publicó la *Pequeña navaja de afeitar de los adornos mundanos; el Azote de la Academia de los pecadores*, etc.

Juan Pedro Camus, obispo de Belley en 1609, decia predicando: *Daria cien santos nuevos por uno viejo. Después de su muerte los papas se convierten en mariposas, los señores en cresas y los reyes en avicillas*, etc. En el prefacio de la *Dominical*, escribia: *La pluma de los escritores es voluntariamente llevada por el aura del público favor, como sobre el ala de un amable Favonio. Esto es bizcocho seco, sustancioso, apretado, pero sustancioso; poca carne de discurso, pero muchos nervios, cartilagos y meollo de concepto. Encontrareis en este pequeño tomo aguas alambicadas y perdidas por la huella de un hablar conciso*, etc. *Navío de las Mirmecidas que hace ver todas las piezas de un gran barco bajo el ala de una mosca*.

tela (la alforja) sostenía diariamente á tantos religiosos.

Cuando murió Luis el *Justo*, el que pronunció su oración fúnebre, exclamó: «Abstinencia real de los placeres, sol naciente en los abismos: plenitud del vacío: maná en los desiertos; vellon árido, en el que todo está mojado; vellon mojado, en el que todo está seco; cuerpo desecado, donde los placeres pueden sumergirle; cuerpo lleno de goces, que la austeridad lo deseca,» etc. Otro predicador emprendió demostrar que san Pedro fué piedra de construcción, piedra de fusil y piedra cáustica (3). La oración fúnebre del valiente Crillon, pronunciada en Avignon por el padre Bening, jesuita, es de las más burlescas (4). Emprende demostrar, con un diluvio de metáforas, sacadas la mayor parte del escudo, la altura, la profundidad, el largo y el ancho de la magnanimidad de su héroe. «¡Adios, esclama, adios, Crillon! ¡adios, capitán de las maravillas! ¡adios, maravilla de los capitanes! ¡adios, valiente! ¡adios, valiente Crillon! ¡adios, valiente de los valientes!... ¡A qué se ha reducido este grande héroe! ¡Esta elevación de valor cuánto ha bajado! ¡Esta longitud, cuánto se ha disminuido! ¡Cuánto se ha angostado esta anchura! ¡Cómo se ha allanado esta profundidad!»

Con frecuencia tendremos ocasión, al hablar de Italia, de deplorar este gusto á lo grotesco; pero bueno es repetir que los franceses fueron los primeros, y haremos notar que uno de sus más estimados libros (la crítica debe ejercerse con preferencia sobre ellos), la *Filotea*, amontona historietas, ejemplos, alusiones. El santo autor comienza por la ramillettera Glicera, que sabía cambiar la disposición de las flores, y su crecimiento hasta el punto de admirar al mismo Parrasio; después llega al grano de *palma Christi*, del que no se atreve á comer ningún animal; las conchas, que engendran las perlas, viven en el mar sin recibir una gota de agua: las islas Caledonias, en las que se encuentran manantiales de agua dulce en medio de olas saladas; las piraustas, que vuelan al través de las llamas sin quemarse las alas; el cinamomo de la Arabia Feliz, que hace odorífico al que le lleva consigo; la tigre, que encontrando uno de sus hijuelos, abandonado en un camino por los cazadores para detenerla, le lleva consigo por grande que sea; Apeles, que se enamora de Campaspe, haciendo su retrato por orden de Alejandro; Rebecca, que cuidando de los camellos de Isaac

(3) Entre los libros de los jesuitas ridiculizados en las *Provinciales*, se encuentra: *El fusil de penitencia para batar el canto del hombre*.—*La pequeña pistola de bolsillo para disparar á los herejes*.—*El dulce mollo y la rica salsa de los huesos sabrosos del avento*.

(4) Está impresa con el título de *Escudo de honor en el que están representados los grandes hechos... colgados de su sepulcro para inmortal memoria de su magnanimidad, por un padre de la Compañía de Jesús*, etc. Véase á PEIGNOT, pág. 237.

merece ser elegida por su mujer, y recibe brazaletes y pendientes como el santo escritor espera que Dios hará que tenga oído su alma, y comprenda las palabras doradas de su santo amor y sus brazos adquieran fuerza para ejecutarlas. Todo lo que llevamos mencionado lo dice el autor en cuatro páginas pequeñas.

Deben tributarse mayores elogios, á los que sabiendo emanciparse del mal gusto del siglo, revelaron el secreto de la verdadera grandeza, que consiste en la alianza de un estilo sencillo y de sentimientos verdaderos. Los oradores profanos no tenían ocasión de manifestar sus sentimientos personales; no podían espesarse sino con arreglo á las ideas que les imponía su posición, según su empleo, y no la inspiración de su alma. El sacerdote, libre de las frívolas exigencias de la sociedad, hace oír las palabras divinas para alcanzar la verdadera elocuencia, la elocuencia que procede del fondo del corazón, hablando de la muerte, de la virtud ó de la eternidad.

En el siglo de Luis XIV, la religión, además de la convicción, tenía fuerza de ley, dominaba en los asuntos, y contribuía también á la gran unidad. Hasta se había convertido en moda, de tal manera, que en las reuniones elegantes se discutían las cuestiones de controversia, se leían los escritos que trataban de ella: era, pues, necesario que hasta la palabra del predicador fuese elocuente, embellecida por los artificios propios para hacer perdonar la verdad, de la cual habían perdido la costumbre hasta los mismos oídos de los príncipes, entonces que el púlpito era la única tribuna abierta á un lenguaje libre. Aunque no faltaba en él la adulación, era sin embargo de allí de donde salía una voz imponente que interpretaba la dignidad humana, hacía cargos á la poderosa arrogancia, prodigaba consuelos á los oprimidos, y daba á todos advertencias.

Dubois, traductor enervado de Cicerón y de san Agustín, había escrito contra la elocuencia sagrada; fué refutado por Arnaldo, que publicó las *Reflexiones sobre la elocuencia de los predicadores*. Pero la práctica llegó á demostrar aun más, que se pueden asociar los derechos de la verdad y del bien, erigirse en rey del pensamiento al lado de los reyes de la tierra, y dominar la opinión tanto y más que ellos. Los oradores sagrados no tuvieron en ningún pueblo tanta influencia como en Francia, porque en ninguna parte fueron más nacionales. Ojalá que aquellos hombres ilustres hubiesen renunciado á la mala costumbre de predicar sobre un texto; mas, por el contrario, era un gran mérito encontrar uno que ofreciese una alusión feliz lo mismo para los sermones que para las medallas (5). No se atrevían tampoco á emanciparse de las divisiones escolásticas

(5) El texto de Jeremías, con que el padre La-Rue hizo preceder la oración fúnebre del duque de Borgoña, pasó por una maravilla; y hubo un murmullo de aprobación

cas, necesarias tal vez á un pueblo acostumbrado á discutir sobre las doctrinas, y á querer penetrarlas con profundidad. Pero asociando el poder de la verdad á la elegante claridad y á la majestad del estilo; aduciendo de tal manera los pasajes de la Escritura, que parecen salir del corazón más bien que de la memoria; no dejando que el método degenerase en simetría rigurosa; sosteniéndose majestuosamente á la altura del dogma; indagando las pasiones hasta en los más recónditos pliegues del corazón; ofreciéndolas desnudas al asustado auditorio; excitando, en fin, en las almas, tiernas emociones, encontraron los patéticos y elevados acentos que han hecho superior la elocuencia francesa á la de todas las naciones modernas.

Mascaron (1634-1703) pertenecía á la escuela antigua, y en él las pretenciosas metáforas apenas eran indemnizadas por sólidas bellezas. Hay más pureza y corrección en Flechier (1632-1710), el Isócrates del púlpito, así como Bossuet es el Demóstenes. Hombre tranquilo en su fe, sin ser ni perseguidor ni fanático, observa con una ligera ironía y compadece el error. No se eleva con un vuelo atrevido hasta la majestuosa altura del obispo de Meaux, ni hasta la religiosa solemnidad con que éste engrandeció á los reyes y á los héroes, para oponer de repente á esta suprema categoría la nada de las grandezas humanas: oculta más bien con arte lo sublime bajo la elegancia, somete la elevación al nivel común, busca la armonía del período y el paralelismo de las frases, pero contienen gran sentido sus frases sueltas, y sabe aclarar los pensamientos profundos lo mismo que los superficiales.

Bourdaloue.—Así como Cheminai (1632-1689) fué comparado á Racine por su dulzura, el padre Bourdaloue (1632-1704), jesuita, lo fué á Corneille. De costumbres sencillas como la verdad, ejemplares como la virtud, es el único hombre de mérito que no ha tenido enemigos ni detractores: uno de sus contemporáneos llegó hasta decir, que su conducta era la mejor contestación á las *Provinciales*. Predicaba la palabra de Dios á los pobres como lo hacía á los grandes. Apenas bajaba del púlpito, adonde una corte fastuosa iba á oírle por moda, por tono, como buen orador y no como santo, acudía al lecho del moribundo mendigo; y sincero con los grandes, compasivo con los pequeños, se sacrificó menos que otros á tímidas conveniencias. Sin abandonarse nunca á la imaginación, siguió el camino didáctico; monótono á veces y simétrico, rara vez es elocuente, pero nunca es débil. Ataca con razonamientos que convencen y conducen siempre á algún deber; de aquí procede el que presenta un curso completo de moral y dogma, aunque se conforma á la época, queriendo argumentar á veces sobre el mismo

cuando Bossuet pronunció delante de la regente el *Deposito custodis*.

dogma á la manera de los cartesianos. No cuida su lenguaje, ni usa espresiones ampulosas como Flechier, ni busca, como Bossuet, los colores de la poesía, sino que es firme y discurre con frases cortadas y precisas; claro, sólido en la discusión, une la sencillez de la espresión cristiana á la sublimidad de la idea, que sabe poner al alcance de la inteligencia popular, la vehemencia á la unción, la libertad á la precisión, un gran celo á una gran luz. Si, como hubiera sido de desear en presencia del poder depravado, no ataca á los reyes, no por ello hace escepciones á la ley cristiana. Encadena lenta pero irresistiblemente con una fuerza oculta; y sin embargo, sabe lanzar á veces tiros que hacen doblar la frente á los ánimos audaces y altaneros. «¡Cuántos grandes no serán tal vez precisamente condenados por las cosas que les producen la admiración ó los aplausos del pueblo! Eran alabados por sus empresas, y éstas, con frecuencia, no dejaban de ser enormes injusticias; se hacían célebres por sus conquistas que no dejaban de ser salteamientos públicos.» Estas palabras de Bourdaloue (6), protegidas por la autoridad de san Agustín, debían producir gran impresión en los cortesanos del gran rey.

En Massillon (1663-1742) de Hieres los castos adornos de la espresión no permiten notar lo que carecen á veces de grandeza sus planes. Habiendo brillado en una época en que la atmósfera de grandeza que rodeaba á Luis XIV se había disipado algún tanto, no pretende, como Bossuet, someter á un mismo yugo todas las opiniones y todas las voluntades de los hombres, contados también por nada. En lugar de anonadar con su elocuencia, persuade gradualmente; penetra y llena los corazones poco á poco; emplea un lenguaje florido y claro, pero más tímido, tal como la Francia lo había adoptado. Predicando en el Adviento en 1699, ostentaba en su desnudez severas verdades; y cuando pronunció el sermón sobre el pequeño número de elegidos, el auditorio se levantó asustado. En su *Pequeña cuaresma* de 1717, en la que dulcificó su palabra para adaptarla á las susceptibilidades de corte, coloca la moral en lugar del dogma, y gime en vez de amenazar; pero á las imágenes de la dominación absoluta de los reyes presentadas por Bossuet, sustituye las de sus deberes como padre. ¡*Sólo Dios es grande!* exclamaba sobre el sepulcro del monarca que había deslumbrado las miradas del siglo; y aunque exhortando á los subsidios á la obediencia, recuerda al príncipe que debe merecerla respetando los derechos de la nación.

La Rue.—El padre de La-Rue (1643-1725), de París, es inferior á los oradores anteriores en sus *Discursos morales*, pero tiene en sus *Elogios fúnebres* inspiraciones muy felices y movimientos patéticos. Sólo hay que se complace en las formas hiperbólicas

(6) *Sobre el estado del pecado*.